LUZ *para nuestros pobres cerebros oscurecidos por la ignorancia.*

¡LUZ!

Semanal Libertario.

FARO. *que nos guiará por el verdadero camino de la emancipación.*

Doctrinario y de protesta, escrito por trabajadores en defensa de la mujer y de los trabajadores mismos.

Segunda etapa. | México, D. F. Sábado 14 de Julio de 1917. | Número seis.

Divagaciones

Mi amigo es un hombre serio, sin ser grave, que sabe al dedillo los secretos, propósitos y proyectos de nuestros políticos; que está al tanto de todas las combinaciones que se traman en las cancillerías extranjeras, y hasta está enterado con toda exactitud de cuánto tiempo durará la guerra europea y el lugar donde se firmará la paz, aunque esto se lo calla con refinado egoísmo, para gozar voluptuosamente él solo la posesión del secreto.

Huelga decir que un hombre tan sabio ve con profundo desdén esta inmensa agitación de pigmeos, a la que se ha dado en llamar cuestión social, y mira por encima del hombro a los llamados militantes de las luchas obreras.

Para él, hombre serio, esto es *peccata minuta*, pequeñeces, miserias, líos y pleitos de plebeyos, insignificancias indignas de ser tomadas en cuenta.

Según él, los pueblos, tal como nos los pintan los literatos de esta época de decadencia, no existen. Son solamente rebaños sin voluntad, masas manejables, materia creada para que los grandes hombres ejecuten con ella sus obras geniales.

Grecia fué obra de unos cuantos hombres extraordinarios, lo mismo que Roma. Y la Revolución francesa, no se diga, se debió a la acción exclusiva de Dantón, Marat y Robespierre.

Nosotros, conociendo el gran talento de nuestro buen amigo, raras veces le replicamos, y cuando nos atrevemos a hacerle alguna ligera objeción, nos ataja olímpicamente: «Vosotros no sabéis nada; fuera de vuestros sindicatos sois incapaces de alternar en una conversación donde se traten asuntos verdaderamente serios.»

Y nos abruma con datos y citas llenas de erudición histórica, demostrándonos hasta la evidencia que sólo a los grandes hombres se debe el progreso y la civilización alcanzados hasta la época actual, y que las mismas revoluciones, ejecutadas aparentemente por pueblos enteros, no son más que la obra de unos cuantos hombres geniales. Y casi invariablemente nos despide, nuestro ilustrado amigo, con este fraternal consejo: Estudien, estudien, pero en el gran libro de la Historia, escrita por hombres sensatos, y no en librotes borroneados por estos locos peligrosos llamados sociólogos, cuyo único fin es revolver la cabeza de los tontos para vivir a costas de ellos.

Hace algunos días íbamos con nuestro amigo por estas calles de Dios, llenas de hoyos y de barrancos, comentando la revolución rusa, cuando se nos agregó un compañero, amante de la discusión y polemista terrible, y sin que pudiéramos evitarlo, la emprendió, al poco rato, con nuestro amigo, refutando con energía sus teorías. «La evolución humana, decía nuestro compañero, exaltado, se debe al esfuerzo común, a la labor de millones de hombres que cada uno en su esfera de acción contribuyen a que el progreso universal no se estacione, y si la Historia nos habla sólo de las hazañas de unos cuantos hombres omitiendo el esfuerzo de los pueblos, se debe a que la Historia está escrita por lacayos.

En buena hora que nos digan que hay hombres más aptos que otros; que ha habido individuos que debido a su talento, además de sus estudios, basándose en experimentos propios y ajenos, y aprovechándose del esfuerzo de generaciones pasadas, han logrado figurar en la primera línea de las actividades humanas, está muy bien. Pero de esto a afirmar que sólo unos cuantos genios lo han hecho todo, hay una diferencia regular.

«¿Acaso, prosiguió enfurecido, no se deben al esfuerzo de muchos hombres, las facilidades de que pueden disponer los especialistas, sobresalientes en algún ramo del saber?

«Y en cuanto a los grandes matachines, llamados guerreros, no se diga. Su fama está en relación directa con el esfuerzo realizado por los soldados que se prestan a obedecerles. Y los peldaños que subieran para alcanzar la gloria, son montones de cráneos de hombres cuyo nombre no figura ni en los registros de defunción. Sin embargo, estos ególatras matachines son los que con mayor predilección guarda en su seno esta embustera horizontal que se llama Historia.»

Nuestro amigo, no pudiendo aguantar más, replicó

Escarceos Libertarios

El jornalero es un hombre que a fuerza de penosos y continuos trabajos arranca de la tierra, ya la espiga que alimenta, ya la seda y el oro que engalanan a los pueblos.

En su mano creadora, el rudo instrumento se convierte en máquina y la informe piedra en magníficos palacios.

Las invenciones prodigiosas de la industria se deben a un reducido número de sabios y a millones de jornaleros.

Dondequiera que existe un valor, allí se encuentra la efigie soberana del trabajo.

Pues bien, el jornalero es esclavo: primitivamente lo fué del hombre; a esta condición lo redujo el derecho de la guerra, terrible sanción del derecho divino.

Como esclavo nada le pertenece: ni su familia ni su existencia.

El alimento no es para el hombre-máquina un derecho, sino una obligación de conservarse para el servicio de los propietarios.

En diversas épocas, el hombre productor, emancipándose del hombre rentista, siguió sometido a la servidumbre de la tierra.

Logró también quebrantar el trabajador las cadenas que lo unían al suelo como un producto de la Naturaleza.

Hoy se encuentra esclavo del capital, que no necesitando sino breves horas de su vida, especula hasta con sus mismos alimentos.

«Antes el siervo era el árbol que se cultivaba para que diera abundantes frutos: hoy el trabajador es la caña que se exprime y se abandona.»

Así es que el grande, el verdadero problema social, es emancipar a los jornaleros de los capitalistas: se reduce a convertir en capital el trabajo.

Esta operación es exigida imperiosamente por la justicia, pues ella asegurará al jornalero no solamente el salario que conviene a su subsistencia, sino un derecho a dividir proporcionalmente las ganancias con todo empresario.

Los economistas completarán su obra adelantándose a las aspiraciones del socialismo el día que concedan los derechos a un rédito al capital-trabajo.

Mientras se prive a cada jornalero de *todo* el fruto de su trabajo, es en vano proclamar la soberanía del proletario y de los pueblos.—JOSÉ LÓPEZ DOÑEZ.

Criterio Burgues

Parece mentira que haya seres que crean que estamos obligados a incensar a los Gobiernos; digo esto, porque he visto que «El Demócrata», en su número 156, dice que nuestro estimable compañero de lucha Marcelino C. Soto pronunció un discurso anarquista en el MITIN de la Cámara de Trabajo de Orizaba, en el cual vertió palabras duras en contra del Gobierno; desde luego se deja ver que ese periódico espera el favor de los de arriba al asentar esto. ¿Acaso cree el articulista que nosotros estamos en un «*lecho de rosas?*»

La mayor parte de los obreros que aquí trabajamos hemos regresado de la Revolución; unos decaídos por las enfermedades, otros convalecientes de las heridas; los más, con la pena de haber perdido a los miembros más queridos de la familia en las grandes caminatas; y ¿todo esto para que? Para encontrarse con una situación bastante difícil: por un lado la prensa vendida calumniándonos de la manera más vil; por otro las imposiciones, y lo que es peor, el enemigo común (el Capital) aun está más poderoso que antes, pues los patrones están más ensoberbecidos y juran venganza. ¿pruebas? El caso Sosa de Cocolapam: que no obstante el haber intervenido la Autoridad y la representación obrera, el Capital triunfó, y nuestro buen camarada tuvo que emigrar en busca de ambiente menos infecto.

Con todo eso, ¿los señores periodistas vendidos, creen que debemos callar y soportar pacientemente el latigazo infame que nos asesta en pleno rostro el enemigo? No, no y no; es necesario hablar muy claro y recio, pues tenemos derecho, y lo dicho por el compañero Soto ha sido la verdad.

Es tiempo ya de que cesen las venganzas: bastante se ha perseguido a este compañero como a otros tantos, no obstante que sirvieron a la Revolución. El monstruoso delito que han cometido es haber estado, como hasta la presente, en primera fila defendiendo los derechos del *proletariado.*

No importa que los perros de la prensa enseñen el colmillo; que el camarada Soto no es de la escuela de los que se amedrentan por eso, y creemos que como siempre estará dispuesto a sacrificarse en defensa de nuestros intereses.

Río Blanco, Julio 14 de 1917.

PEDRO DÍAZ.

---

imposible en nuestros días,—que no eran indignas ni impuras, pues despreciar la mujer en su cuerpo, en su corazón y en su cerebro es una de estas cosas inútiles y bestiales que han estado y que no han cesado de estar en moda.

Pero dejemos aparte el proceder ridículo, que consiste en considerar a la mujer como *enfermo repugnante* o como *eterno herido*, convirtiendo el glorioso proceso fisiológico en perturbación mórbida. Dejemos asimismo las blasfemias no menos ridículas que el hombre—sér de perfección notoria—profiera sobre la insondable perfidia de su compañera, y entremos de lleno en el debate sobre su inteligencia.

Siempre ha habido quienes, con ánimo de humillar a la mujer han recurrido al sistema de exhibir las listas de celebridades de hombres en ciencias y en artes. No puede imaginarse nada más absurdo, como no se concibe que entre los defensores de la mujer los haya que se encuentren perplejos para responder al ridículo argumento de los misóginos. Por haberse dejado coger en este grosero lazo más de una vez se han suscitado discusiones que se han convertido en insubstanciales y pueriles.

CARLOS ALBERT.

¡TRABAJADORES! Los recordamos que mañana hay mitin, en el Teatro Principal a las DIEZ en punto. Todo el que se precie de obrero progresista, no debe faltar.

De lo de Casa

Trátase de contribuir, dentro de nuestras facultades, al mejoramiento e ilustración de las clases trabajadoras; para ello debemos, sin ambages ni egoísmos, exponer nuestras ideas aunque vayan carentes de las reglas que impone la escritura correcta.

No me propongo hablar una sola frase en contra del Capital, Gobierno y Clero, porque de ello han hablado, quizá hasta el fastidio, muchos compañeros que viciados en ese círculo, se olvidan muy a menudo de que antes de enfrentarnos con esas tres personalidades antagónicas por excelencia, tenemos que despojarnos por completo, si aspiramos a la libertad, ya sea colectiva o personal, de nuestros vicios, que son la rémora mayor para conquistar nuestro bienestar.

¿Para qué emplear el insulto con frecuencia para quien nos oprime, si en lo que debe ser dejamos sin acción lo que tiene que suprimir su fuerza?

No basta gritar sin cordura para enaltecer la libertad: es necesario, ante todo, no profanar la educación social; pues ella hará ir al hombre por todas partes.

La experiencia debe hacernos comprender que no basta ser rebeldes, sino saber serlo. Que al ocupar la tribuna en el mitin o al escribir en estas columnas sea para orientar, para ilustrar, para atacar los vicios que en primera línea nos oprimen.

¿Cómo se puede aspirar a difundir el socialismo si en vez de ilustración y regeneración nos convertimos en directos sostenedores del Estado? Ved por las calles de esta ciudad; en todas, absolutamente en todas, a los trabajadores consumiendo pulque y alcohol, en cuya contribución directa deja el trabajador sus honorarios raquíticos, su fuerza moral y material, y él perpetúa, con su acción, la miseria y opresión que nos dominan.

¿Y este ente, que no podemos llamarle hombre, pide con la copa en la mano la conquista de la libertad? ¡Qué irrisión!

En esta Revolución, en la cual han caído los templos, hemos batido palmas porque se va camino a la desaparición de ese mito. Pero ¿de qué sirve demoler los fanatismos si quedan en pie los centros que los mismos enemigos nuestros han abierto, (alegando nuestro carácter) para que sigamos siendo las víctimas eternas de sus maquinaciones?

Nuestro organismo, genuinamente frívolo, se conforma con puras frivolidades.

Amor, alimentos, conquistas de libertad, todo es frívolo: lo real, lo tangible, es nuestra raquítica educación social.

¡Obreros, compañeros míos, vamos al campo de la lucha, dejando en las afueras de la ciudad lo que nos envilece: egoísmos, envidias y negligencia!

Unidos sí; pero no para discutir quién es más hábil en oratoria, ni quién se come mejor (en idea) a frailes, burgueses y gobernantes: harto grande ha de ser la cuestión obrera, y a su orientación debemos dedicar las horas que nos sobran del trabajo.

Tengamos presente cada uno de nosotros que debemos empezar nuestra organización desde el hogar; apreciar desde allí que, si seguimos como vamos, seremos creadores de más esclavos y no haremos hombres que quieren preciarse de libertarios.

El lema de Revolución Social tiene que ser práctico desde nosotros mismos; ya no más palabras; hechos; que la nueva organización obrera esté bien identificada y que «la calidad supla a la cantidad» para que, unidos hasta donde nos lo permita nuestro temperamento, empecemos a hacer obra educativa si aspiramos a colocar nuestras ideas en el pináculo de la admiración del mundo.

GUILLERMO PALACIOS.

México, junio de 1917.

Un Compañero más

Participamos a los camaradas que el conocido escritor Francisco Ramírez Plancarte, antiguo colaborador de artículos de arte de «El Pueblo,» ha ingresado a nuestras filas en el Sindicato de Zapateros del D. F., a cuyo gremio pertenece.

Asimismo colaborará con nosotros. Hoy publicamos el último cuento que viera la luz en el diario mencionado, el día 13 de mayo del año en curso.

LA HUELGA

Quince días hacía que Antonio no iba a las sesiones de su Sindicato; sus compañeros no sabían a qué atribuirlo; sólo él faltaba como Secretario General, para efectuar la proposición de los demás sindicatos: aumento de salarios.

Ese mismo tiempo hacía que el hijo de Antonio se debatía entre la vida y la muerte: la escarlatina hacía presa en él.

No obstante, los artículos de Antonio no habían dejado de aparecer en el órgano del Sindicato; el último estaba, como todos los de él, impregnado de sabia doctrina socialista.

«Hermano—decía—no pierdas el tiempo en leer libros de poesías los libros de poesías, de ahora; son álbumes musicales que no hablan en estrofas viriles y sonoras del dolor angustioso de las masas, que ansían ser defendidas y acaudilladas por los poetas. La poesía es una fuerza que no igualan todos los cañones del mundo, cuando sirve a la Libertad o a los ideales. El poeta social, cual Anti-cristo, no ha llegado, y la queja que ha aguardado prisionera en los labios de mil generaciones esquilmadas, lo esperan para besarlo con ella; las cuerdas de su lira vibrarán el dolor que gime en los desheredados de la tierra; él será la trompeta que los convoque a la gran lucha suprema contra los que han hecho una iniquidad de todas las leyes. El será quien sacándolas de la anemia, de la decadencia y de la agonía, las guíe por el camino del bien, y entonces la hora de la justicia habrá llegado.»

Sus artículos eran leídos con avidez, su odio y su desdén insultante hacia las clases opulentas, su amor hacia la causa y a sus compañeros, hacía que todos lo miraran como un padre, y sus palabras y decisiones, tomadas en consideración. Era el alma del Sindicato, uno de los cerebros de la causa.

Por eso lo esperaban, por eso lo deseaban.

***

Cuando Antonio, asido de la mano de su compañero, contemplaba al borde la cuna, los estragos que la escarlatina había hecho en el niño, y veía el reloj como interrogándole: ¿por qué el doctor no llegaba? oyeron en la calle un gran vocerío y gritos que decían: ¡viva la huelga! ¡queremos mejoramiento de salarios! ¡abajo la burguesía explotadora! Antonio, recordando entonces sus ideales y sus luchas, sintió remordimiento de haber faltado tanto tiempo a las sesiones. De pronto una multitud de obreros hizo irrupción en la pieza invitándole a que fuera al centro ejecutivo de la huelga.

Antonio dirigió una ternísima mirada a su compañera, inclinóse hacia la cuna hasta tocar la frente del niño con sus labios, tomó su sombrero y dirigiéndose a sus compañeros, les dijo: vamos, camaradas.

Cuando los obreros que estaban en el centro ejecutivo percibieron entre el tumulto que llegaba Antonio, prorrumpieron en estruendosos aplausos y vivas; alguien dijo: «¡que hable!» e incontinenti esta exclamación fué repetida por todos: «¡sí, que hable!» «¡que hable,!» dijeron y aquel obrero de palabra fascinadora, sugestiva vidente y profética, con el corazón angustiado por su hijo moribundo, subió a la plataforma donde otras veces la joyería deslumbradora de sus sueños demoledores, tejía una arquitectura plateresca en los cerebros de sus hermanos, que arrobados lo escuchaban. La fecundidad orfebraica de sus discursos pletóricos de violencia y de furor llegaban al alma en una embriagadora magnificencia de cólera.

Ahí, en aquella tribuna había cantado con su verbo anatematizador, el dolor de mil generaciones azotadas por el vendaval de ambiciones; de su interior hacía surgir ante los ojos de sus hermanos, con el iris serpenteador de su léxico, sueños azules, jardines esmeraldinos llenos de rosas perfumadas. No era un sembrador de ilusiones, un

Divagaciones

Una circunstancia, cuyos detalles no quiero citar, trájome a la mente algunas reflexiones que, ahora q ya vuelven a aparecer «valientes,» creo oportuno recordar. Hace unos dos años, en el salón de sesiones de Santa Brígida, discutía, un numeroso gremio, la manera de hacer triunfar la huelga en que estaba empeñado. Y un compañero, después de oír a otros que pronunciaron fogosos discursos, no quiso ser menos que los demás, y empezando con frases de fingida modestia, nos espetó una arenga, que sin duda envidiarían Aníbal, o don Juan de Serrallonga, de haberla podido oír. Entre otros arranques trágicos, dijo que si era preciso, decapitaría a sus dos hijos antes que transigir un ápice en la pugna que motivó la huelga.

Esto, entre amenazas terribles y pasajes apocalípticos. la ovación con que fué premiado el esfuerzo oratorio del compañero, fué de los que hacen época. Yo sólo recuerdo de otra semejante, y fué en un teatro cerca de Barcelona, cuando Borrás, siendo todavía un aficionado, recitó el «Prólogo de un Drama,» de Echegaray.

Pero resultó que a los pocos minutos de haberse retirado de la tribuna, el furibundo orador, volvió a dirigir la palabra al auditorio, «para hacer algunas aclaraciones,» dijo, y ellas consistieron en advertir que lo dicho por él anteriormente no debía tomarse al pie de la letra, pues lo dijo sin querer, y sólo arrastrado por el calor de la peroración.

Según supimos luego, la rectificación que tan precipitadamente hizo, se debió a que alguien le ayudó a reflexionar que sus palabras podían ser tomadas en serio.

Esto es rigurosamente histórico, y de ello se acuerdan muchos compañeros de la «Casa del Obrero.»

Fuera de este caso, se podrían citar muchísimos, en que individuos estúpidos, o faltos de pudor, se encaraman en nuestras tribunas arrojando por su boca, rayos y centellas, y que en cuanto se vislumbra el menor asomo de tempestad, se recogen prudentes en sus casas, esperando que pase la tormenta para volver a ensordecernos con sus bravuconadas.

Eso cuando no se ven cojidos en su propia red, y cantan cobardemente la palinodia.

Sería muy conveniente corregir un poco nuestro estilo, lo mismo en los mitines, que en los periódicos, no haciendo derroche de amenazas, que no pensamos siquiera ejecutar, ni de injurias, que quieren ser trágicas, y casi nunca pasan de ridículas.

Sería mejor que en vez de vociferar nos hiciéramos el firme propósito de obrar, si llega el caso, y de procurar decir solamente lo que sentimos y lo que sinceramente nos consideramos capaces de hacer.

Usar el lenguaje de Cirano, cuando se tiene el corazón de Sancho Panza, es grotesco y contraproducente

Suprimiendo tanta torpe baladronada, quizá perfeccionáramos un poco nuestro sér moral, y de lo que no cabe duda, es que con ello nuestras ideas saldrían ganando, pues evitaríamos el ridículo a que los exponemos con tantas torpezas.

Ojalá todos los compañeros tuvieran presente, siempre que van a hablar o a escribir, que de lo sublime a lo ridículo hay tan poca distancia que se salva con el mayor desliz.

JUAN TUDO.

Correspondencia

Recibimos 25 ejs. «Cultura Obrera» núm. 213, New York; 5, «Germinal» núm. 3, Tampico; y canje de «El Rebelde», núm. 50, de Los Angeles, y «Pro Vida,» Habana; «Solidaridad» nºs. 14, 15, 16, 17 (cinco de cada uno): cada uno de estos periódicos enviará 50 ejs., e igual cantidad remitiremos. Si tienen folletos que no anunciamos, cambiamos o cubriremos su importe al recibirlos.

—P. Pérez, Orizaba. De los $2.00 que remitió, mandámosle, en lugar de 40 ejs., 50 que corresponden, puesto que a los paqueteros se los ponemos un centavo menos del fijado

—C. Flores, Orizaba. Hémosle girado al administrador de Correos tu queja: (que de 95 ejs., te entregaron sólo 4). Recibí lista y no me olvido del sello y de la pluma fuente.

—M. C. Soto, Río Blanco. La corresponsalía compañero Díaz, nos place. ¡Ojalá en los demás lugares del cantón hagan lo propio! Mandámoste los 400 ejs. que pides y los folletos. En cuanto al dinero, descuenta gastos de giro y correspondencia del que remitas.

—El Sindicato de Cigarreros, de Orizaba, reclama solidaridad material por encontrarse en huelga desde hace 15 días. Los que deseen mandarles su óbolo, les agradeceremos lo envíen a «Luz» lo más pronto posible, donde se dará publicidad al nombre de donantes. Los que se encuentren cerca de los obreros en huelga, mandarán los auxilios al secretario del Exterior: Carlos Tenorio, 4ª Real Vieja. nº 58.

(En el próximo número la coneinuaremos).

socialista neurótico o gascón: era un socialista convencido, una alma rebelde que lapidaba a la burguesía ladrona, con los pedruscos de su verbo. Era un león que melodiaba en un pentagrama de furias el rugido libertario de las masas.

Muchas veces, con la fuerza de su deslumbrante drapería de palabras apocalípticas, había insinuado en sus hermanos que beatíficamente lo escuchaban, el vértigo de las rebeldías, haciendo que se agitara en ellos el belicismo socialista; el soplo de aquel ritmo mágico de frases, ponía un sol en cada cerebro; el talento en consorcio con el dolor producían en él maravillosas floraciones de elocuencia. Y es que el amor a los ideales socialistas es el alma de los amores, no tiene fronteras; más tierno que las caricias de la madre, más dulce que la risa de un niño; es el amor a la humanidad.

Ese hermano iba, pues, a hablar. Todos hicieron silencio, clavándole los ojos, creyendo así oírlo mejor. Antonio empezó:

«LA HUELGA es el alarido de combate que los gladiadores del trabajo, sobre el campo burgués.

Es el dique a la corriente de la ambiciones desbordadas.

«Es la espada que blanden los caballeros de blusa, sobre los villanos que pretenden espoliarlos.

«Es la cruz que empuñan los sacerdotes del trabajo, para humillar a los demonios del dinero.

«Es el rayo salido de las entrañas de las masas explotadas.

«Es la protesta viril de los hombres que han nacido con el alma de Espartaco.

«Dignifica y fortalece a las masas.

«Es la represalia justa y bendita de los cansados de pedir justicia.

«Es......»

Antonio no pudo continuar. Vió entre la muchedumbre que lo escuchaba, una mujer que a locas buscaba: era su compañera. Jadeante, sudorosa, con el aliento cortado, gangueaba, más bien que hablaba: «mi hijo ha muerto....el doctor no llegó....no hay ferrocarriles....todo está cerrado....el terror se cierne sobre la ciudad....el hambre... mi hijo ...la huelga....¡oh la huelga!....»

«Y aquella madre, con el corazón destrozado, cayó al suelo, en convulsiones de dolor......

Antonio inclinó la cabeza contra su pecho, el corazón le latía con violencia, parecía querérsele subir hasta el oído y decirle irónicamente: ¡eso es la huelga!!

De súbito, un delegado entró al salón, agitando un papel y haciendo señas para que lo escucharan; hermanos: —dijo—aquí está la contestación a nuestras peticiones (señalando el papel) ¡el triunfo ha sido nuestro! !hemos ganado!»

Al oír Antonio las aclamaciones de entusiasmo que daba el delegado, sobreponiéndose al dolor que hincaba todas sus garras en su corazón, frénetico fuera de sí, gritó con toda la fuerza de sus pulmones: «¡La huelga ha muerto mi hijo, pero hemos conquistado pan para todos! ¡La Unión de los hombres ha triunfado! ¡¡¡Viva la huelga......!!!

FRANCISCO RAMÍREZ PLANCARTE.

Tribuna Libre

Dijimos en el número anterior que deseando estimular a los compañeros que anhelan escribir en nuestro periódico, publicaríamos en este número la poesía «Luchar», del camarada Luna, la cual hemos dejado con los conceptos innatos en su autor, con objeto de que en ella resalte más su buena voluntad, que una presunción ajena de galas literarias.

¡LUCHAR!

¡Luchar es el destino, compañeros,
¿qué entendemos nosotros por luchar?
¿La lid, acaso, de acérrimos guerreros
que en todo el orbe se siente retumbar?
No. Nosotros entenderla hemos querido
de manera socialista y esencial,
—y así otros muchos también la han comprendido,
con razón, o sin ella; pero sí, igual.—
Nosotros, socialistas luchadores
llevamos por bandera la razón,
y cual armas de terribles gladiadores
las ideas; por escudo, el corazón.
Hagamos guerra al rival que nos acecha,
al monstruo de la avaricia y cruel burgués;
hasta mirar desolada, ya deshecha,
sí, su vil concupiscencia a nuestros pies!
....
¡Despertad; hora es, somnolientas legiones;
la indolencia y la pereza sacudid!
¡Sí; despertad, despertad ya, hambrientos leones,
y hembras y cachorros vamos a la lid!
A esa lid, a esa lucha de la vida
que tarde o pronto felices nos hará,
con grande voluntad y con alma decidida
que entre sus rigores nuestro bien está.
Mas en la lid no busquemos la esmeralda
de unos lauros que circunden nuestra sien,
ni finos ropajes de carmín o gualda
que a nuestros cuerpos modestos atavién.
No busquemos frivolidad de placeres,
que breve instante tan sólo durarán;
busquemos a nuestros hijos y mujeres
una dicha que tranquilos gozarán!....
¡Ah! y en nuestra Unión busquemos el progreso
y la paz de nuestra ideal solidaridad,
evitando volver ¡ay! al retroceso,
y la guerra fratricida terminad.
Luchemos, hermanos, sólo por la vida,
y dejémonos de tanto aborrecer;
teniendo nuestro pecho y nuestra alma henchida
de fraternidad, confianza y de querer.
¡No dudar del éxito de nuestra lucha,
siempre con denuedo y con valor luchar,
y ciegos de fe y con esperanza mucha
de algún día nuestros anhelos realizar!!

FRANCISCO G. LUNA